

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

LA VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN ES UN MODELO DE LA VIDA CRISTIANA.

ELLA SE RESUME :

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—En la humildad.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—En la pobreza.

TERCERA CONSIDERACIÓN.—En el sufrimiento.

Fecit mihi magna qui potens est.
El Omnipotente hizo en mí cosas grandes,
(Luc., I, 49).

CON razón podía usar este lenguaje aquella á quien el Señor bendijera entre todas las mujeres ; aquella que fué elevada al grado más sublime, y de cuya bienandanza son testigos todas las naciones del orbe. Con razón podía hablar así aquella á quien la humanidad entera consagra todo su amor, cuyo corazón y cuyo espíritu saltaran de gozo en Dios su Salvador, que llena de gracia durante su peregrinación en la tierra, encuéntrase ahora colmada de grandeza y de gloria en la mansión de la perdurable dicha. Justo es que ensalce las maravillas obradas en ella por la omnipotente diestra : *Fecit mihi magna qui potens est.* La humanidad entera repite este eco, y canta este himno sublime de reconocimiento y de entusiasmo : *Magnificat anima mea Dominum.* A través de diez y ocho siglos viene oyéndose por do quiera ese cántico inefable en todos los templos consagrados á María... ¡ María ! ¡ Qué nombre tan delicioso ! ¡ Cuántas lágrimas de gozo, qué de íntimas alegrías, cuánta dicha despierta su recuerdo !... ¡ María ! ¡ Cuántas bellezas encierra esta expresión !... ¡ María ! ¡ Qué aire de majestad brilla en esa Reina del Universo !... ¡ María ! ¡ Quién podrá no amar á la que es á la vez Madre de Dios y Madre nuestra ? ¡ Desgraciado el que no la ama, puesto que no ama á Dios, siendo como son inseparables esos dos nombres, esos dos amores de Jesús y de María !

Do quier se levanta un altar á Jesucristo, veo elevarse otro á su augusta Madre. Cierto que el uno recibe nuestras adoraciones, y el

otro nuestros homenajes, por cuanto adoramos á Dios y honramos á María; pero también es verdad que el corazón humano no puede sentirse abrasado de amor hacia el Hijo, sin que al propio tiempo se sienta henchido de amor hacia la Madre. Imposible es ver á Jesús sobre el altar, sin que antes le contemple en los brazos de María. Apenas podrán hallarse algunos enemigos de esa augusta Virgen; mas ¿quién podrá contar el número de sus amigos, de sus queridos hijos sobre la tierra? Y si los hijos forman el consuelo y la alegría de una madre, si una numerosa familia es la que la colma de indefinible dicha, ¿cuán bella no es la corona de maternidad que ciñe las sienes de María, cuán grande no es su gozo al verse rodeada de tantos hijos, que en torno de sus altares forman como un bello círculo de amor? ¡ Oh ! Bien podéis estar justamente orgullosos, vosotros que durante este mes bendito rodeáis el trono de esa Madre, como los sarmientos de la vid; y ya que en este día celebráis su principal solemnidad, ¿qué ocasión más propicia pudiera yo elegir para hablaros de esa Patrona tutelar? ¿Y qué placer más dulce para vosotros sus hijos que el oír hablar de una Madre tan querida? ¡ Oh María, buena y tierna Madre, á cuyos pies nos prosternamos, tomad parte en nuestra alegría, bendicid nuestros homenajes si los halláis dignos; aceptad nuestros inciensos si son puros, en tanto que nos complacemos en referir las virtudes con que se vió adornada vuestra alma.

Empero, debo advertiros, H. M., que al escuchar las altísimas virtudes de María, más bien que admirarlas, cúmpenos procurar su imitación reproduciéndolas en nosotros mismos. Indudablemente, María escucha nuestras súplicas y recibe nuestros homenajes; empero tanto más agradables la serán éstos, cuanto más eficaces sean nuestros deseos de caminar tras sus huellas y copiar sus virtudes. Complácese en que la cantemos un himno de alabanza, pero á condición de que nuestro corazón no desmienta las palabras que pronuncian nuestros labios, y que nos esforcemos á imitar á Jesucristo, modelo de todos los cristianos. Este modelo es el que me propongo hacer estudiar, como el epílogo sublime de toda la vida cristiana, la cual se resume en estas tres virtudes, á saber : la *humildad*, la *pobreza* y el *sufrimiento*. Mas como quiera que Jesucristo sea un modelo harto difícil de imitar, consideremos estas tres virtudes en María, la más perfecta copia de su Divino Hijo. Ante todo recurramos á su protección y amparo, saludándola con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXIÓN.

HUMILDAD DE MARÍA.

Es indudable que la vida de María fué una vida de humildad. Tanto empeño mostró Dios en humillar á esa criatura, que, si bien se estudia su historia, se verá que á cada gracia que recibía, sucedía una humillación hartó sensible y dolorosa á su corazón virginal. Y desde luego, ved cuán oscuro es su nacimiento, á pesar de ser descendiente de reyes. ¿Y no es, según el mundo, una humillación hartó profunda el recuerdo amargo de una gloria primitiva que no deja en pos de sí más que las huellas de una decadencia sin esperanza? Pero María era la bendita entre todas las mujeres; y Dios que conocía los peligros del orgullo, permitió que naciese en la oscuridad para que ésta sirviese de salvaguardia á su virtud. Por eso la Virgen de Nazareth en nada piensa menos que en mostrarse en medio del gran mundo. Semejante á la flor que, oculta entre un espeso follaje, sólo es percibida por el perfume que exhala, así la humildad de María fué el aroma que atrajo sobre ella los ojos de la Divinidad. Escogida por el Señor para ser el Arca Santa, el Tabernáculo sagrado del Dios vivo, un Angel, emisario del Rey de reyes, desciende de lo más alto de los Cielos, para anunciar á la más humilde de las Vírgenes que será Madre del Verbo. Y sin embargo, ¿creéis que María se ensoberbezca en vista de tan sublime privilegio? De ningún modo; antes bien, á la presencia del celeste paraninfo, comienza á temblar, porque sabe que el ángel de las tinieblas se transforma á veces en Angel de luz. Poco es que Gabriel la asegure, diciéndola: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.» Todavía la tímida Virgen le pregunta con reserva: «Y ¿cómo se verificará esto?» — «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, contesta el mensajero, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y el Santo fruto que de tí nacerá, será llamado Hijo de Dios:» *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi. Ideoque et quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.* Entonces es cuando María, no vacilando ya sobre la posibilidad del misterio, responde humildemente: «Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.*»

Aquí es donde se verifica aquella expresión del profeta: «Un abismo llama á otro abismo.» La humildad de María ha determinado el anonadamiento del Verbo Divino. Es de notar que cuando Ella habla de este favor singular, todo lo refiere á su propia pequeñez, diciendo: «El Señor ha puesto sus ojos en la humildad de su sierva.» Dios ama á María: y ved por qué todas esas prerogativas, lejos de ser

para ella materia de orgullo, constituyen, por el contrario, el origen de sus más profundas humillaciones. Continuemos nuestra historia.

César Augusto proclama un edicto, en virtud del cual todos deben ir á inscribirse, cada cual en su pueblo natal, puesto que se trata de hacer un empadronamiento general de todos los habitantes del Imperio. José parte de Nazaret con María y se dirige á la ciudad de David, llamada Bethleem, en la Judea. María, fatigada del viaje, necesita descanso, y en su consecuencia, busca José una posada para su bella y joven Esposa. Pero después de llamar inútilmente á muchas puertas, ¿á dónde se ve obligado á dirigirse? Un establo expuesto á los cuatro vientos, es la única morada que halla para albergar á la Madre de todo un Dios. ¡Oh, Providencia adorable! ¡Cuán incomprensibles son tus obras! ¡Es posible, Dios mío, que siendo Vos el Soberano de Cielos y tierra, y pudiendo mostraros al mundo en todo el esplendor de vuestra majestad y de vuestra gloria, elijáis por capital una pequeña ciudad de un país vencido, un establo por palacio, un pesebre por trono, un montón de paja en vez de los espléndidos tapices que debieran adornar vuestra regia morada, unos harapos por púrpura, una mujer... un anciano... y unos animales groseros que os calientan con su aliento, y unos rústicos pastores que forman vuestra comitiva! ¿Comprendéis, A. O. M., estas humillaciones del Salvador? Sólo comprendiéndolas, podréis formaros una idea justa de las humillaciones de María, su pobre Madre. Llegan los días de la Purificación, y María sube las gradas del Templo de Jerusalén... ¿Y á qué se presenta allí esa criatura sin mancha? ¿Qué hay en Vos, Señora, que necesite purificarse? Vuestra virginidad ¿no ha permanecido intacta después de vuestro milagroso alumbramiento? Dando á luz al Dios de toda pureza, ¿no resplandecéis con un brillo todavía más deslumbrador, cual blanca azucena cuya hermosura hacen resaltar más los dorados rayos del sol y las caricias de una pura brisa? .. ¿Qué tenéis que rescatar? Mas ¡ah! Ya lo comprendo. El cáliz de la humillación y de la amargura os sigue donde quiera, y es preciso, porque así lo quisisteis, apurar hasta sus últimas heces. Por eso pasáis la plaza de una mujer vulgar, imitando á vuestro Hijo, que se ha sometido á la ley de la Circuncisión, sin necesitarla ni estar obligado á ella. Por eso en el concepto de las demás mujeres pasáis por inmunda, bien así como vuestro Hijo ha tomado la forma y colocándose en el rango de los pecadores. ¡Qué humildad tan profunda!

Mas hé aquí que unos magos se dirigen á Bethleem y se detienen en el establo. ¡Oh! Llegados son los días de gozo y de felicidad para Vos, Virgen augusta. El triunfo va á coronar vuestras humillaciones pasadas. Ved como ante vuestro Divino Hijo se encorvan y humillan los reyes de la tierra. ¡Qué dichosa sois al contemplar al dulce fruto de vuestras castas entrañas descansando suavemente en vuestro seno maternal, y recibiendo los homenajes de los monarcas de Oriente!... Pero, ¿qué digo? ¡Ah! ¡Cuán leve pasó ese ensueño que mecía vuestra alma! La hora de la prueba y del dolor ha sonado; preciso es partir,

pobre Madre: el destierro os espera... Tal era la separación que os separaba el Cielo, en cambio de ese fugitivo resplandor de gloria que brilló poco há á vuestros ojos. Y en efecto, pocos momentos después María y su Esposo, avisados por un Angel, huían medrosos á Egipto en una oscura noche, por sustraerse á la persecución de Herodes; y allí permanecen hasta tanto que, muerto ya el tirano, regresan á la tierra de Israel y se retiran á la ciudad de Nazareth en Galilea, en donde la Sagrada Familia vive rodeada de la oscuridad más profunda. ¡Cómo me complazco, H. M., en contemplar el bello cuadro que ofrece aquel modesto taller donde trabajan para subvenir á sus necesidades un niño, un padre y una madre, sobre quienes las miradas de Dios reposan dulcemente!

La Sagrada Escritura no vuelve á hacer mención de ellos sino en dos épocas distintas.

La primera se refiere á la celebración solemne de la Pascua. Contaba entónces Jesús doce años de edad, y acompañado de María y José encaminóse al templo de Jerusalén. Al volver á su casa reparan los santos Esposos que Jesús no viene con ellos. Búscale María por todas partes llena de ansiedad, y no le encuentra. Retrocede hasta Jerusalén, y al cabo de tres días de terribles presentimientos le halla entre los doctores en el templo. «¿Por qué lo has hecho así con nosotros? le dice. Tu padre y yo te hemos buscado llenos de dolor.» Observad, H. M., la respuesta que á la más tierna de las madres da en aquella ocasión solemne un hijo como Jesús, en quien se desenvuelven, juntamente con la edad, todos los tesoros de la ciencia y de la virtud. «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que á mí me cumple estar siempre atento á los negocios de mi Padre?»

La segunda época en que el Evangelio vuelve á mencionar á Jesús y á su Madre es diez y ocho años después, cuando el Salvador contaba treinta de edad. Hallábanse ámbos en Caná de Galilea asistiendo á unas bodas, juntamente con algunos discípulos de Jesús. Habiendo faltado el vino, dirígenle los convidados á María, porque ya entónces se presentía el poder de aquella divina Madre. Conmovida ésta por los ruegos de los asistentes, dice á su Hijo: «No tienen vino.» *Vinum non habent.* Un milagro responde inmediatamente á la solicitud de María; empero, ¡cuán caro pagó aquel favor! El Salvador dirígese á su Madre, y, cual si hubiera olvidado todos los sentimientos de la naturaleza y de la piedad filial, la contesta: «Mujer, ¿que nos va á mí y á ti?» *Quid mihi et tibi est, mulier?*... ¡Quién no comprende, A. O. M., la dureza y amargura de semejante respuesta! Sin embargo, hay en esto un designio manifiesto de Dios. Jesucristo obra su primer milagro, que comienza á desenvolver su poder infinito; da la primera prueba de su divinidad suspendiendo ó cambiando las leyes de la naturaleza. ¿Y por qué lo hace? Porque María se lo ruega. ¡Tan grande es la influencia de la súplica de una madre! Ahora bien, pueblos del universo, abrid los ojos y ved á Jesucristo declarándose al mundo como Soberano, como Dios, á ruego de María; y ved también

á esa Madre desconocida colocada sobre todas las mujeres, sobre todas las criaturas. Pero mirad al mismo tiempo, cómo para prevenir aún el más leve movimiento de orgullo que pudiera surgir en aquella alma cándida, la dice: «¡Mujer! ¿Qué hay de común entre tú y yo, siendo tú un ser finito y limitado y yo lo eterno y lo infinito, tú la criatura y yo el Criador?» *Quid mihi et tibi est, mulier?* Recordad el abismo que media entre ámbos, y sabed que aún no es llegada mi hora: *Nondum venit hora mea.* ¡Oh! Siempre y donde quiera encuentra esa buena Madre la humillación unida á la gloria.

El Salvador inaugura su vida pública. María, según dejan entrever los sagrados libros, contentase con seguir á su Hijo por la Judea y la Galilea, participando siempre de las humillaciones que aquél experimenta de parte de los judíos. Dos veces solamente hace mención la Escritura de esa bendita Madre, y en ámbas nos manifiesta sus sensibles abatimientos.

Un día que el pueblo estaba sentado en torno de Jesucristo, avísanle que su Madre y sus hermanos le esperaban fuera. El Salvador ni siquiera parece hacer mérito de semejante aviso, y aún afecta no comprender lo que le dicen; después, con cierto aire de indiferencia, responde: «¿Quién es mi Madre, y quiénes son mis hermanos?» Y, dirigiéndose á los que le rodeaban, añade: «Ved ahí mi madre y mis hermanos; porque el que cumple la voluntad de Dios es verdaderamente mi hermano, mi hermana y mi madre.»

La segunda vez que encontramos á María es sobre la ensangrentada cima del Gólgota, y allí es donde las humillaciones del Hijo caen con todo su peso sobre el corazón de la Madre. Le ve despojar de sus vestiduras, extenderle sobre el leño del sacrificio, colocarle en el lecho de su agonía, crucificado entre dos ladrones, de los cuales el uno le ultraja con sus blasfemias. Al pié de la Cruz oye la gritería de un tropel de malvados que se goza en las humillaciones del Crucificado y le insulta en medio de sus dolores. Y para cerrar este triste y repugnante cuadro, hé aquí que el moribundo Jesús, dirigiéndose á María, y designándola al Apóstol San Juan, la dice: «¡Mujer! ve ahí á tu Hijo.» ¿Pueden ir más lejos los abatimientos y humillaciones de una madre?

Después de la muerte de Jesús la Escritura no vuelve á ocuparse de María sino para decirnos que vivió en el silencio y la oscuridad. Así es en efecto, A. O. M.; empero, á pesar de esto, María será en lo sucesivo la más encumbrada de todas las criaturas, la bendita entre todas las mujeres. Sí: habrá en el mundo una mujer excepcional á quien do quiera se elevarán templos, altares, oratorios; bajo cuya advocación se levantarán las más gigantescas basílicas en los siglos XII, XIII y XIV; habrá una criatura privilegiada, cuyo nombre se generalizará en todas las clases, á quien tributarán espléndidos homenajes todas las generaciones, y cuya protección implorarán los monarcas, colocando sus tronos y sus reinos bajo su maternal protección... Esa criatura existe, es la Virgen María, encubierta bajo el manto de su